



ADVERTENCIA

PUBLICÓSE este artículo por vez primera, en EL MENSAJERO de marzo de 1887, y fué reproducido por *El Tiempo* de Méjico, en 27 del mismo mes y año. A los cinco días de su reproducción (2 de abril), insertaba dicho periódico la siguiente carta del Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacan, que nos apresuramos á copiar en este libro, como testimonio el más fidedigno de la veracidad de nuestra narracion. Decia *El Tiempo*:

«El Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacan, se ha dignado honrarnos con la siguiente carta que publicamos, por lo que en ella dice el Ilmo. Prelado, acerca del precioso artículo del P. Coloma, titulado *El Cazador de Venados*, que dimos á luz en *El Tiempo* el domingo anterior.

Dice así la carta:

Correspondencia particular del Arzobispo de Michoacan.

Morelia, 29 de marzo de 1887.

Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros.

MÉXICO.

Señor de mi particular atencion: Por el último

correo recibí, con su atenta carta á que me refiero, el núm. 1079 del *Tiempo*, en que he leído con gusto el artículo titulado *El cazador de venados*.

El hecho que allí se refiere y sirve de fondo, es enteramente *histórico*, es verdadero en todo, y sólo se padeció un equívoco en cuanto al lugar en donde se verificó, porque no fué en *Huetamo* sino en la *Huacana*; pero por lo demas, no hay que cambiar ni un *punto*, y muchas personas saben ya esa historia, porque yo mismo se las he referido, con singular complacencia; y lo he hecho con tanto mayor empeño, cuanto que yo veía en esto un motivo de edificacion para todos.

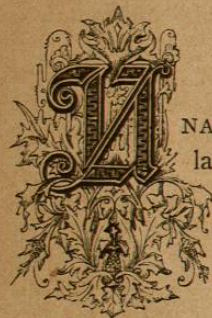
Me permito llamar su atencion, sobre una errata de imprenta que creo hay en la línea sesenta y seis, en donde se dice: es necesario *constituir*, etc., y creo que debe ser *sustituir*, etc.

Muy agradecido por su exquisita atencion, me suscribo de V. afectisimo S. y Capellan.—JOSÉ IGNACIO, *Arzobispo de Michoacan.*»

Obedeciendo nosotros á la correccion indicada por el Ilmo. Sr. Arzobispo en su carta, hemos sustituido con el nombre de *Huacana*, el de *Huetamo* que pusimos equivocadamente, por haberlo hallado así en nuestros apuntes.



I



NA de las grandes enseñanzas que las Sagradas Escrituras encierran es presentar á la divina Providencia obrando siempre de una manera visible y por eso maravillosa, así en los grandes como en los pequeños sucesos de la vida del hombre. Dios sólo es el que se presenta sin disfraz ni velo alguno en las historias que refieren esos sublimes anales del poder divino: el hombre no entra en ellas sino como débil instrumento, que, sin perder nunca su libre albedrío, maneja una sabiduría infinita para conseguir fines adorables. Dios es el que se ve triunfar en las batallas, arrasar ciudades, derribar tronos, destruir imperios: los reyes son en su

mano varas de furor con que azota á otros reyes; los pueblos, calamidades con que castiga á otros pueblos; los elementos, ministros de su justicia, que á una señal suya devastan el universo. Vésele, por el contrario, otras veces sostener la cunita de un niño que sobrenada en las aguas; poner una ramita de oliva en el pico de una paloma que vuelve al arca; dirigir el vuelo de una golondrina que ha de cegar á un hombre justo; impulsar la piedra de un pastorcillo que reserva para rey de su pueblo. Y en este conjunto de grandes hechos y pequeños accidentes, de inmensas catástrofes é insignificantes acontecimientos, descubre el hombre las vías admirables que una sabiduría infinita une y entrelaza con prevision omnipotente: ve cara á cara, y, por decirlo así, ante sus ojos, la bondad santa con que Dios dirige los sucesos para el bien de sus hijos; y á la sombra de este amor sin límites, y bajo el amparo de este poder sin medida, se duerme tranquilo, como el niño á quien custodian en su cuna la ternura de una madre, y la fortaleza de un padre.

Y no es esta enseñanza una enseñanza teórica, sin aplicacion práctica en la época presente: cierto que pasó aquella edad de los Patriarcas y Profetas, que conversaban familiarmente con Dios, y recibían sus órdenes por medio de men-

sajeros celestes y señales prodigiosas. Mas la verdad es más antigua que el tiempo, y no está sujeta ni á la vejez ni á la muerte: los tiempos han variado, los hombres, son ya otros; pero Dios permanece siempre el mismo, y plácele á veces rasgar la cortina que lo encubre, para demostrar á los hombres con hechos maravillosos, que la misma mano omnipotente que regía al descubierto los sucesos y catástrofes de los tiempos bíblicos, es la que sigue rigiendo velada y como disfrazada, así los pequeños sucesos como las grandes catástrofes contemporáneas; que la misma solicitud paternal que colocaba el sustento al alcance de los Israelitas en el desierto, lo coloca hoy en manos del desvalido que pone en él su confianza; que lo mismo hoy, que ayer y que mañana, es necesario sustituir en todos los idiomas la palabra pagana *Casualidad*, con la mil veces bendita de *Providencia*.

Uno de estos hechos vamos á narrar á nuestros lectores, con la misma exactitud con que nos fué referido por un Misionero de la Compañía, que lo recogió á su vez de los mismos labios del Ilmo. Sr. D. José Ignacio Arciga, Arzobispo de Michoacan, primer descubridor de este prodigio.





N aquella abrasadora zona que con el nombre de *Tierra-caliente* atraviesa á Méjico de O. á P., hay un pueblo llamado Huacana, distante unas sesenta leguas de Morelia, capital de Michoacan. Tiene Huacana á lo sumo cinco mil habitantes, y es, sin embargo, en aquella comarca, la ménos poblada de Méjico, capital de todos los pueblos y rancherías de veinte leguas á la redonda. Multitud de alimañas, que un calor de treinta grados, áun en invierno, multiplica asombrosamente; calenturas constantes, fiebre amarilla, y otras enfermedades indígenas como *el buche* y la *quirigua*, alejan á los hombres de aquella grandiosa comarca, rica

cual ninguna, como de un paraíso inficionado, en que no les es dado habitar. La flora y la fauna son en ella exuberantes en grandiosidad y belleza: rios caudalosos la cruzan; bosques enteros de palmeras, plátanos y árboles frutales la cubren, alternando con espesas selvas de maderas preciosas, entre las que abunda sobre todo el rico palo de tinte. Allí se encuentran esas aves de bellissimo plumaje, que se disputan la ciencia y la moda, la una para sus gabinetes, y la otra para sus caprichos; allí se encuentra igualmente caza de todo género, desde la liebre hasta el leopardo; desde el venado, abundante en extremo, hasta el yaguareté ó gran pantera americana, de manchada piel y ferocidad solapada y astuta. Y en medio de aquel ostentoso lujo de la naturaleza, escondidas en las entrañas de aquella tierra inhospitatoria, cual si malignos gnomos las hubiesen sepultado allí para burlarse de la codicia humana, encuéntrase tambien ricas minas de hierro, de cobre, de plata... que ni aún las largas uñas de Jonathan, el gran farsante republicano, han podido desenterrar.

La ociosidad, que fomentan y disculpan la feracidad del suelo y lo caluroso del clima, es el vicio general de aquellos pobres indígenas, descendientes en su mayor parte de antiguos

colonos andaluces y extremeños. No son, sin embargo, astutos, como la mayor parte de los pueblos indolentes, cuya dulzura habitual les sirve para disimular, cuando es necesario, hasta la misma cólera. Son, por el contrario, sencillos, hospitalarios, generosos y tan valientes y aguerridos cuando se irritan y riñen, que no son más temibles las garras de los yaguaretés de sus bosques, que el afiladísimo machete, ó especie de alfange morisco, que manejan en sus peleas con sin igual destreza. Jugar el machete como ninguno, es, segun su frase, la mayor gloria á que aspiran aquellos infelices; y cuando en los sangrientos combates en que se disputan esta palma, es sólo un brazo el que cae á la violencia de un tajo, suelen decir los testigos con la mayor frescura, mirándose entre sí con aire chasqueado:

—¡ Ah, compá... que tarugá le erró!...

A fines de 1868 llegó á la Parroquia de San Juan de Huacaa el Arzobispo de Michoacan, Ilmo. Sr. D. José Ignacio Arciga: visitaba el Prelado por primera vez aquella parte de su diócesis, y el entusiasmo con que fué recibido por aquella pobre gente rayaba en delirio. A bandadas bajaban hombres y mujeres de los montes; salian de entre las breñas á pié y á caballo, y con una alegre algazara, que tenia mu-

cho de infantil y no poco de conmovedora, corrían á saludar al Arzobispo, ofreciéndole cada cual, segun su costumbre, algun presente de valor exorbitante para su mucha pobreza.

—Por ahí le truje á su mercé una mancuerna de vaquillas...

—Y yo le truje una yunta de toros,—decía otro.

—Y yo una potranca novata,—añadía un tercero.

A todos recibía el Arzobispo con afecto de padre, admirando aquella espontánea generosidad, prueba convincente de que la gratitud y el cariño jamas se encierran en el corazon ni se limitan á hueca palabrería; sino que, como el saltadero del agua, tienden á brotar en raudal puro y fecundo, y á manifestarse con la elocuencia de los hechos, aun á costa de grandes sacrificios. Porque grandes sacrificios representaban, en efecto, los modestos dones que aquella pobre gente presentaba á su Prelado, y que éste no se atrevía á aceptar por compasion á tanta pobreza, ni á rechazar tampoco por respeto á tanta generosidad: que harto comprendía su superior espíritu, que el modo más delicado de agradecer un obsequio sincero, es aceptarlo sinceramente. Determinó al cabo no recibir aquellos dones que tantas privaciones representaban, y

para que no atribuyesen á desaire su negativa, pidióles en cambio algunas frutas del país: viéronse entónces llegar en tal abundancia las cargas de cocos, naranjas, sandías y frutas de todas clases, que no bastaba para contenerlas un vasto aposento que se designó al efecto.

Hallábase un día el Arzobispo en el confesionario, segun solia hacer en sus visitas, para administrar el Sacramento de la Penitencia á los adultos que habian de recibir luégo el de la Confirmacion. Entre la multitud de penitentes que le circuia, vió á lo léjos un pobre tullido, que pacientemente esperaba su turno: llamóle al punto el Prelado para ahorrarle las molestias de tan larga espera, y comenzó á interrogarle, como tenia de costumbre, á causa de la suma ignorancia de la doctrina cristiana en que yace sumida aquella pobre gente, por razon de la grande escasez de clero en toda la comarca.

—¿De dónde eres?—le preguntó el Arzobispo.

—Padrecito,—contestó el tullido, con ese mimoso lujo de diminutivos propio de los americanos: de un monte que dista de aquí más de quince leguas.

—¿Y cómo has venido?

—Atravesado en un mulo, Padrecito.

—¿Qué estado tienes?

—Viudo, Padrecito; con dos hijitas ya casaderas.

—¿Y cuál es tu oficio?

—Cazador, Padrecito.

—¡Cazador, tú!—exclamó el Arzobispo estupefacto, sin poder contener la risa.

—Sí, Padrecito,—respondió muy formal el tullido.

—¿Pero qué es lo que cazas?...

—Cazo venados, Padrecito.

—¿Venados?... ¡Vamos, hombre; eso no puede ser!—replicó el Arzobispo entre risueño y enojado, por creer que se las había con un tonito ó con un pícaro.

Mas sus dudas se desvanecieron y la curiosidad más viva se apoderó de su ánimo, al ver que, encogiéndose de hombros el tullido, añadió con la sencilla convicción del que posee la clave de un enigma:

—No sería ciertamente, si mi Padre Dios no me ayudase.

Sorprendido el Arzobispo de tan sencilla como profunda respuesta, rogó al tullido que le refiriese minuciosamente su género de vida.

—Pues miré su mercé,—contestó el tullido con la misma sencilla calma: como he dicho antes, soy viudo hace muchos años, y no tengo más familia que mis hijitas... Paso los días que

el Señor me da de vida, de este modo: al levantarme por la mañana, digo una oración á mi Padre Dios; almuerzo lo que mis hijas me tienen ya preparado, y arrastrándome despues como puedo, salgo al campo con mi carabina... A los pocos pasos que he andado fuera de mi casa, ya mi Padre Dios me tiene un venadito como se lo he pedido en mi oración... Lo mato, vienen mis hijas, lo llevan á casa, y con la carne y los cueros, que mandamos vender, nos mantenemos ha muchos años.

Maravillado el Arzobispo, así de lo que decia el tullido, como de la sencilla ingenuidad con que lo relataba en su inimitable y pintoresca jerga, le instó á que dijera la oración en que diariamente pedía el venado, á aquel Dios que, con verdadera confianza de hijo, llamaba siempre *su Padre*.

—¡Eso no haré, Padrecito; eso no haré!—replicó vivamente el tullido.

—¿Pero por qué?...

—Porque me da vergüenza.

—Pero, hijo mio, ¿no dices esa oración delante de tu Padre Dios?...

—¡Ah! sí, Padrecito; pero mi Padre Dios.. Vamos, mi Padre Dios. es otra cosa...

—Mira que yo te ruego que me la digas... ¿Por qué no has de darme ese gusto?...

—Padrecito... haré todo lo que su mercé me mande; pero eso no, porque me da mucha vergüenza.

—Pues eso es lo que ahora te pido... Vamos, hombre, dame gusto; que eso no debe avergonzarte.

—Pero, Padrecito, si esa oracion no la he aprendido en ningun libro, ni me la ha enseñada nadie.

—Sea como fuere... Dila.

—Pues mire, Padrecito, porque V. no lo tome á desaire, se la diré... Cuando me ponga, pues, de rodillas á la mitad de mi *jacalito*, le digo á mi Padre Dios... ¡Eh, Padre Dios!... Tú me has dado estas hijitas que tengo, y tambien tú me has dado esta enfermedad que no me deja andar... Yo tengo que alimentar á mis doncellitas, porque ellas no han de ir á ofenderte... Ea, pues, Padre mio, ponme aquí cerca un venadito, donde yo lo pueda matar, y así quedará socorrida esta pobre familia.

El Arzobispo le escuchaba absorto, como si el Príncipe de la Iglesia aprendiese del infeliz tullido, y éste, sin reparar en la admiracion de aquel, concluyó sencillamente:

—Esta es la oracion, Padrecito... Y cuando la he dicho, salgo al campo seguro de encontrar lo que he pedido á mi Padre Dios, y lo en-

cuentro siempre... Y en veinte años que llevo de estar enfermo, nunca me ha faltado este socorro: porque mi Padre Dios es muy bueno... muy bueno...





III



¿Os asombra este prodigio?... ¿Dudáis acaso de él, recordando que también vosotros pedís á Dios bienes y no os los concede? ¿Remedios y no os los da? ¿Auxilios y no os los presta?...

Quizá el mismo tullido pueda daros también la clave del misterio... Oid al mismo Arzobispo de Michoacan, que os dirá al oído muy bajo, pero muy bajo, quizá por no avergonzaros, que aquel pobre semi-salvaje de los bosques de América, invocaba á su Padre Dios desde el fondo de un corazón perfectamente resignado; que levantaba hácia él, como encargó San Pablo, *sus manos puras*, puras... Tan puras, que en los veinte años que llevaba de enfermedad,

era su mayor falta haber apaleado á un perro, que le estaba comiendo un cuero de venado...

Con esto cesará á vuestros ojos el prodigio, porque no es prodigio que Dios cumpla lo que promete. El prodigio grande seria, que dejara de cumplirlo.



MAL-ALMA

Digitus Dei est hic.
Dedo de Dios es este.
(ÉXODO, cap. VIII, v. 19).